

Doña Perla



*Fui sobre agua edificada,
mis muros de fuego son.*

Lema antiguo
de Mayrit (Madrid),
siglo XII

Su nombre completo era Ana Perla Esther Castillo y Fuentes, originaria de Villanueva de la Cañada, un pueblito de la Comunidad de Madrid, España; aunque tenía unos abuelos andaluces, por lo que pasó muchos veranos de su infancia en el barrio de Triana, Sevilla. Después, cuando la joven Perla recién cumplía dieciséis años, su padre, que era ingeniero civil, aceptó una plaza en Ciudad de México, el mero D. F., para asesorar en la construcción del Metro. En esa gran metrópoli Perla vivió con su familia mucho tiempo y se quedó allí aun después de la muerte de su padre. En unas vacaciones con sus hermanas tuvo la oportunidad de visitar Ciudad Piedra; los encantos de este lugar las embrujaron de tal forma que decidieron mudarse del todo. Ahora ya tenía más de cincuenta años de vivir aquí, pero todavía se consideraba madrileña de pura cepa. Nunca olvidó sus raíces. Aunque sí perdió su acento madrileño, ya que su español estaba muy acriollado, y solo de vez en cuando se le escuchaba un suave ceceo. Decía que aun su apellido, Castillo y Fuentes, hacía honor al lema antiguo de su ciudad natal, porque no ha habido nunca un «castillo» sin muros, y «fuentes»

representaba las aguas subterráneas que todavía existían en el subsuelo de su Madrid. Viuda dos veces, había sobrevivido los vestigios de una guerra, una inundación, tres terremotos, un huracán, la muerte de su hermana gemela y la desaparición de su sobrinito.

Era una viejita muy singular. Su cabellera, de un gris plata precioso, ya saben, con su mechón blanco; la piel, que envolvía unos huesos largos y protuberantes, era también muy blanca. Caminaba como si estuviese balanceando dos o tres libros en la cabeza, porque siempre estaba erguida, y así mismo se sentaba: derechita. Sus ojos, de un verde claro, me recordaban muchísimo a los de mi papá. Esta señora era tan coqueta que, desde muy temprano, se maquillaba las penas; con cada pincelada borraba una a una sus tristezas. También se depilaba alguna cana que le hubiese brotado durante la noche en las cejas, aún muy frondosas, por cierto. Todas las mañanas, su ritual. Pero me cuentan que, con el pasar de los años de tantas penas vividas y de llanto inconsolable, se le secaron las lágrimas. Tuvo que empezar a comprar su frasquito semanal de lágrimas a don Filiberto, el vendedor oficial de Ciudad Piedra.

Don Filiberto llegaba puntual en su triciclo azul decorado con claveles blancos y rosados. A doña Perla esto le recordaba mucho a Sevilla, donde de chica paseaba los domingos por el parque de María Luisa, en carretas decoradas con muchísimos claveles. Además, con cada frasquito de lágrimas que vendía don Filiberto, regalaba un clavel. También vendía tés y productos caseros que calmaban todo tipo de angustias y pesares: ginseng en polvo y té de tila para cuando los nervios se enredaban

en los nudos de la desesperación; té de manzanilla y muña del Perú para cuando el estómago o los intestinos eran afectados por el retorcimiento de las penas; té de albahaca y té de hierbabuena como aromaterapia, que servían para aliviar los males del cansancio crónico debido a la tristeza e incluso ayudaban en caso de una depresión severa. Hasta vendía un té especial para el mal del aburrimiento. Solo don Filiberto sabía el nombre de este té, porque era su secreto comercial y uno de los tés que más vendía. Ah, y no podía faltar el agua de azahar y el agua de mar heladita, que venía en una hielera miniatura; también vendía un agua termal, que tenía en un recipiente especial hecho de material rocoso para mantenerla calientita.

En fin, doña Perla veía a don Filiberto como su salvador, hasta que un buen día no llegó más. Nadie comenta lo que sucedió. Por fortuna, doña Perla ya estaba bastante repuesta de sus males, aunque nunca más pudo llorar. Yo, que soy llorona hasta decir no más, encantada le hubiese regalado por lo menos la mitad de mis lágrimas. Pero esto pasó mucho antes de que yo llegara. A falta de lágrimas y de los brebajes de don Filiberto, doña Perla se acostumbró a tomar sus cocimientos caseros, por eso estaba tan fuerte como un león en libertad, propio de la sabana africana. Tampoco perdonaba los suplementos medicinales cada mañana a la hora del desayuno: pastillas de uña de gato, cápsulas de cartílago de tiburón y glucosamina para los huesos y articulaciones, también una dosis monumental de vitamina C, para que no se le colara ningún resfriado aventurero. Tomaba leche como ternero recién nacido, por lo que no se ocupaba de ingerir más calcio en tabletas.

Yo tenía un poco de miedo esa primera tarde que me acerqué a la habitación de doña Perla; este sería mi primer trabajo en una casa y no quería hacer quedar mal a mi mamá.

Escuché una melodía conocida que provenía de alguna bocina de la recámara de mi nueva patrona; la viejita tarareaba mientras tejía:

*Allá en el rancho grande,
allá donde vivía,
había una rancherita
que alegre me decía...*

—Pasa, pasa, hijita, y párate aquí cerca de la ventana para verte mejor —me saludó doña Perla, dejando de cantar y colocando su tejido en una canasta al lado del sillón.

Yo aún estaba cargando la bolsa del supermercado con tres rollos de papel manteca, un encargo de doña Nelita.

—Sí, enseguida, señora. Buenas tardes...

Me sentí como la Caperucita Roja en el encuentro con el Lobo Feroz. Eso de «para verte mejor» me transportó a los cuentos de mi infancia.

—Buenas tardes, mi cielo. Deja esa bolsa en el suelo, niña, que se ve que pesa y... Pero ¿por qué te han vestido así como vieja, criaturita?

Es verdad, seguro que parecía una viejita destartalada, porque todo me chorreaba: la falda de flores me quedaba floja y me cubría la mitad de las pantorrillas, la blusa blanca de algodón que me prestara mi mamá era dos tallas más grandes y, en la

cabeza, bailaban y se alborotaban mis mechones lacios, porque me había amarrado el pelo a la ligera muy temprano esa mañana. Seguramente, mis cachetes se tornaron del color de la capucha del cuento, porque sentí un hervor en toda la cara. Aunque casi inmediatamente me calmé al ver que la viejita me regalaba una enorme sonrisa. No era ninguna loba y tampoco se mostraba feroz. Qué alivio...

—Mañana mismo le digo a Nelita que te lleve de compras para que te consiga algo más apropiado para tu edad. ¿Te parece? También, en unos cuantos días va a llegar mi nieta Alondra y, si quieres que esperemos, puedo decirle a don Chepe que las acompañe a las dos al centro comercial.

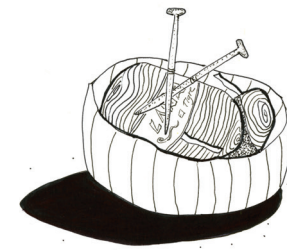
—Gracias, doña Perla —le contesté, asintiendo luego luego con la cabeza, porque no me salieron más palabras.

—Ah, antes de que se me olvide, y ya no te molesto más para que vayas a hacer tus cosas, ¿no te importaría que te llame solo Luz, a secas? Es que voy a necesitarte muchas veces durante el día y no quisiera tener que usar una campanita; eso es invento de rancheros o aristócratas. Además, esa campana tonta me recuerda a mis tiempos de colegio: la detesto. Tienes un nombre tan fuera de lo común, y me encanta, pero es bastante largo y tus ojos tienen una luz preciosa, muy intensa; me recuerdas a mi nieta Lara. Ya habrá tiempo para hablarte de ella.

—Como usted desee, señora. Está bien Luz nada más. Gracias —hablé ya menos nerviosa—. Y si no se le ofrece ninguna otra cosita por el momento, voy a llevar rapidito estos rollos de papel manteca a su hermana, parece que los necesita de inmediato. Regreso en una carrerita para atenderla, ¿sí?

Y con esas me despedí feliz. Me di cuenta de que debía olvidarme de mis miedos; íbamos a llevarnos muy bien mi patrona y yo. En lo que me disponía a salir, ya la viejita tenía nuevamente su tejido en las manos y cantaba:

*Te voy a hacer tus calzones
como los que usa el ranchero.
Te los comienzo de lana,
te los acabo de cuero.
Allá en el rancho grande...*



Así fue ese primer encuentro con doña Perla, esa mujer tan divertida como ingeniosa, tan paciente y serena; y de la cual aprendería muchísimo... de literatura, de historia, de la vida misma. ¡La admiraría siempre!